



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO  
Escritor.

## El temor griego

La crisis de los Balcanes ha despertado todos los viejos fantasmas en el país helénico, presionado por el futuro de Macedonia, su ancestral mala relación con Turquía y las diferencias por cuestiones religiosas

Existen temores, recelos y odios que son difíciles de explicar como no sea remontándose a siglos y milenarios. Grecia fue, en tiempos de esplendor, dueña de todo el Mediterráneo oriental hasta llegar a Asia, de buena parte del norte africano, y tuvo bases en Italia, sur de Francia y en el este español.

Actualmente Grecia sólo tiene una extensión de unos 132.000 kilómetros cuadrados, las islas incluidas; unos nueve millones de habitantes, y una situación, hoy poco envidiable, en el extremo sur de la explosiva península balcánica. Y de ahí viene el miedo de los griegos.

Desde que la diplomacia turca se asomó de puntillas al actual torbellino albanés, de la ex Yugoslavia y de la revuelta y renovada Bulgaria poscomunista, los políticos griegos y la opinión pública se removieron grandemente; los medios de comunicación recogieron y a veces agrandaron una inquietud de una juguete turca o filoturca.

En declaraciones del ministro griego de Asuntos Exteriores pueden leerse frases como ésta: **"Turquía está intensificando sus tentativas de crear un clima de tensión en los Balcanes"**. Pero no añade luego, abiertamente, a qué clima y a qué tensión se refiere.

Lo cierto es que Grecia se siente prisionera de un dilema: ser neutral y esperar que el problema balcánico se resuelva —eso va para largo— guardando sus fronteras o, dada su situación geopolítica, y también religiosa, tomar parte, casi simbólicamente, en el esteror final de un conflicto, cuya agonía se presume lenta, llena de altibajos y hasta de resurrecciones sorpresivas y peligrosas.

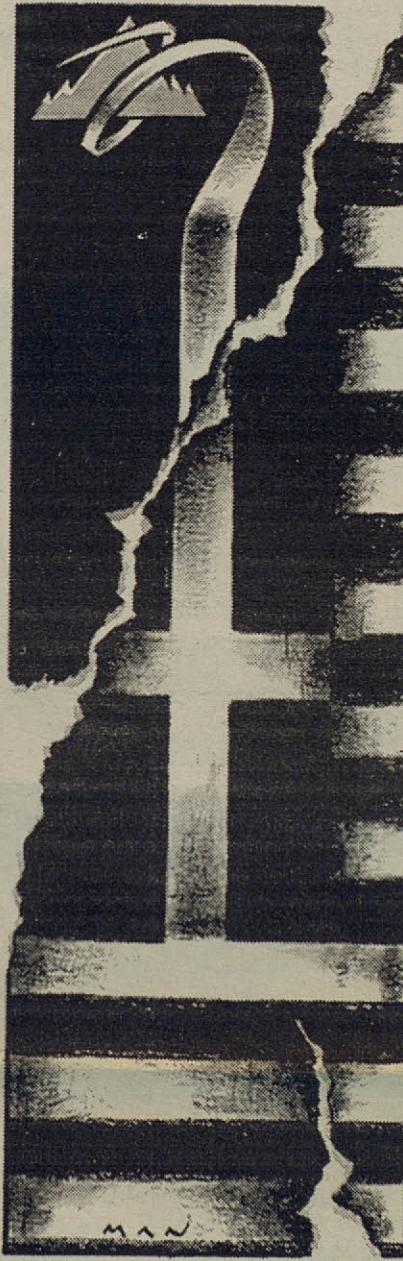
En Atenas hay, también, voces discordantes sobre una y otra parte del dilema. El presidente de la Fundación Helénica para la Defensa y la Política Exterior, el doctor **Couloumbis**, muy respetado por tirios y troyanos, sostiene la evidencia de que todo iría mucho

mejor si se trataran hasta resolverlas, por la vía de la diplomacia y no por la violencia suicida, las viejas discordias entre griegos y turcos, tratando con prioridad y urgencia el tema de la nueva República de Macedonia, desgajada de la Yugoslavia del mariscal **Tito**. Porque resulta que una región griega, situada en el noreste, es la Macedonia que los griegos conservaron después de su decadencia histórica, a manos del Imperio Otomano, que, pese a invadir los Balcanes, tuvo que replegarse luego, dejando detrás países islamizados como Albania, Bosnia, buena parte de la primitiva Macedonia —y, **Alejandro Magno**— y también de Bulgaria.

Hay voces discrepantes y hasta apocalípticas: por ejemplo, la del *Puente Ortodoxo griego-serbio-ruso*. ¿Qué ruso? Querrán decir ucraniano, pienso ahora, ya que lo contrario sería un acueducto de difícil construcción y mantenimiento. Este *Puente Ortodoxo*, dicen, sería para contrarrestar el llamado *Arco Islámico turco, búlgaro, bosnio y albanés*, que como una guadaña, separaría a Grecia de sus aliados europeos quedando, como alegan, descolgados de la Unión Europea, comunidad de la que los griegos esperan que Turquía no sea miembro.

Ahora la cuestión que preocupa en *Ellas* no es ya Chipre, sino la eventual República de Macedonia ex yugoslava. Esta Macedonia norte fue antaño griega, y hay gente que no lo puede ver más que como una tierra irredenta. Fanáticos hay que hablan del **"factor humano"** para invocar que toda Macedonia, del norte y del sur, debe ser griega. Lo que ocurre es que invocar el **"factor humano"** en la península balcánica mueve a la risa, pues dicha península ha sido una de las grandes regiones europeas más pisoteadas, mezcladas y confusas.

En todo caso, la Macedonia norte o ex yugoslava depende, por su situación, de Grecia, salida más fácil y



económica que hacerlo por Albania o Bulgaria. El que haya estado recientemente en Grecia y recuerde algo del idioma griego clásico, aunque muy diferente al actual, podrá leer en periódicos,

cos, muros o autobuses eslóganes de este tipo: **"Macedonia es griega"**, o bien **"Atenas y Belgrado, partiros esa falsa república de usurpadores"**.

Lo que más inquieta a los griegos es un asunto semántico: que la Macedonia salida de la *balcanización* de Yugoslavia se llame República de Macedonia, cuando ellos tuvieron ambas regiones. El anterior primer ministro griego, **Constantino Mitsotakis**, propuso que la nueva república se llamase Nuevamacedonia, así, con el adjetivo y el sustantivo juntos. El clamor y cabreo de muchos griegos hizo que el inoperante, en este aspecto, **Mitsotakis** (en otros aspectos, como hacerse rico durante su mandato, fue un águila) propusiera que la parte norte ex yugoslava fuese llamada República de Vardar, y que renunciase a la bandera con el sol de **Alejandro Magno** que ha escogido.

Detrás de todas estas cuestiones yace la pesadilla del expansionismo, de Turquía o del islam, según los casos, contra Grecia, bastión de una Europa civilizada (!), o contra el cristianismo ortodoxo o católico, preferentemente del primero, claro. El Imperio Otomano hoy está reducido a una pobre Turquía que bastante tiene y se las ve para sacudirse a los desgraciados y valerosos kurdos, que vagan por cinco o seis países sin poseer un territorio propio.

Turquía es **"la bestia salvaje"**, como la bautizó hace siglos el patriota griego **Koraís**, y todo lo que venga desde Ankara es sospechoso. Por ejemplo, un fantasmal proyecto para unir el mar Egeo con el mar Negro, sea por carretera o por ferrocarril, desde Albania y pasando por Macedonia norte y atravesando Bulgaria hasta llegar a Turquía. También se teme a la ya vieja amistad entre Turquía y Alemania, basada en guerras en las que fueron aliadas y que perdieron... Fantasmas más religiosos que políticos, más calenturiantes que reales.